



JOSE LUIS L. ARANGUREN

Lugar de nacimiento: Avila.
 Fecha: 9 de junio de 1909.
 Apellidos: López-Aranguren, Jiménez, Gallástegui, Arrabal. (Por error de amanuense, probablemente castellano, y tendencia a la complicación barroca, el apellido vasco Gallástegui, fue transformado en alguno de mis tatarabuelos en Gallástegui).
 Nombre de pila: José Luis Feliciano (este último, santo del día de mi nacimiento).

A los cuatro años.

Para una teoría de la autobiografía

EL problema inicial -y final- de una biografía que no se limite al mero recuento de lo que uno ha hecho, o le ha pasado, consiste en enhebrar estos acontecimientos -en mi caso, pocos y poco brillantes- en el hilo de una coherencia. Hace doce años publiqué un libro, *Memorias y esperanzas españolas*, que no era estrictamente una autobiografía, sino la exposición de mi inserción socio-intelectual en la vida pública de mi país, o como decía allí, la presentación de la «perspectiva autobiográfica de una realidad colectiva». Ahora doy por supuesto que de lo que se trata aquí es de presentar la perspectiva autobiográfica de mi propia realidad personal.

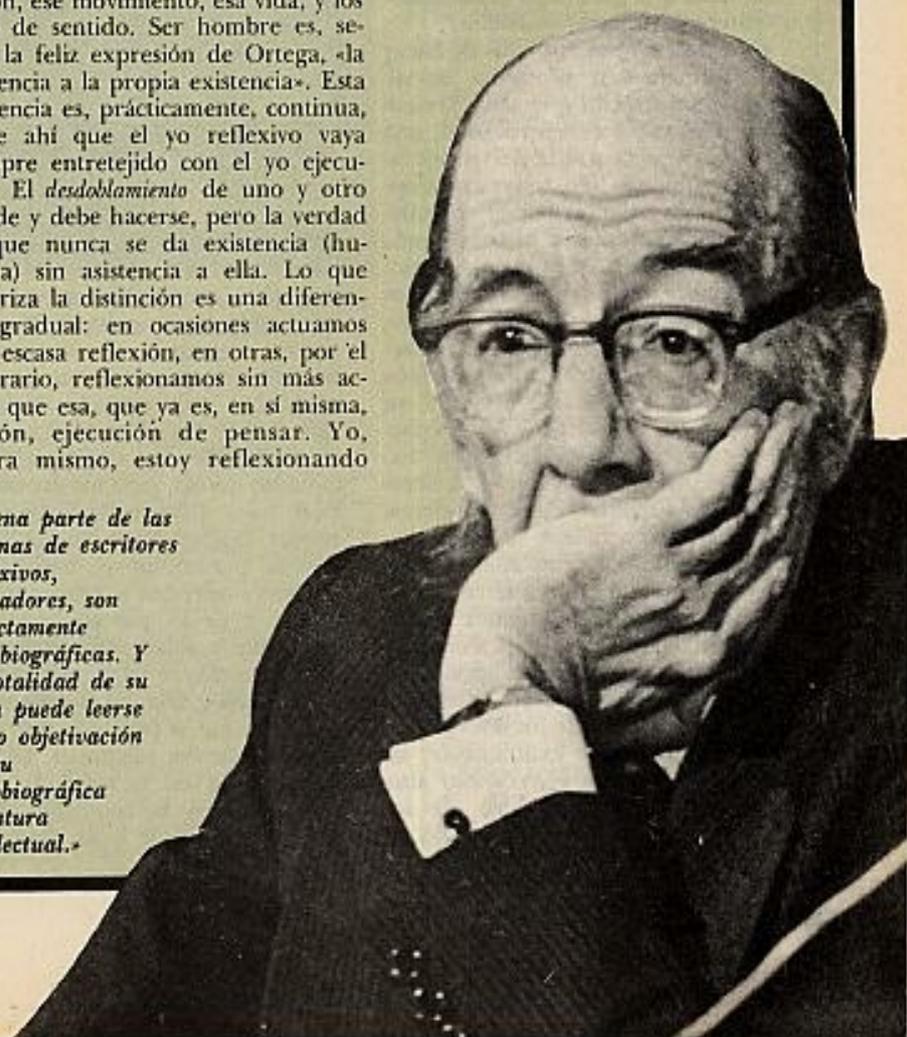
Pronto está dicho eso, sin embargo, y aquí es donde surge ese problema, a la vez inicial y final, al que hacía referencia. La realidad social está ahí, objetivamente dada (al menos, eso suele pensarse) y contar cómo me he insertado yo en ella parece empresa fácil. Por el contrario, encajarme yo en mí mismo es ya, para empezar, un enredo verbal, un desdoblamiento pronominal. Supongamos que mi fluencia lingüística fuese muy grande y que, ahora mismo, estuviese dejando correr espontáneamente la pluma sobre el papel, dejándome ir.

Sí, pero aun cuando así fuera, de tiempo en tiempo volvería la vista sobre lo ya escrito, reflexionaría sobre ello, bien para aprobarlo, bien para tacharlo. El *yo ejecutivo* actúa, se mueve y vive, más o menos consciente o inconscientemente, en todo caso, indeliberada, espontáneamente.

El *yo reflexivo* se vuelve sobre esa acción, ese movimiento, esa vida, y los dota de sentido. Ser hombre es, según la feliz expresión de Ortega, «la asistencia a la propia existencia». Esta asistencia es, prácticamente, continua, y de ahí que el *yo reflexivo* vaya siempre entretreído con el *yo ejecutivo*. El *desdoblamiento* de uno y otro puede y debe hacerse, pero la verdad es que nunca se da existencia (humana) sin asistencia a ella. Lo que autoriza la distinción es una diferencia gradual: en ocasiones actuamos con escasa reflexión, en otras, por el contrario, reflexionamos sin más acción que esa, que ya es, en sí misma, acción, ejecución de pensar. Yo, ahora mismo, estoy reflexionando

«Buena parte de las páginas de escritores reflexivos, pensadores, son directamente autobiográficas. Y la totalidad de su obra puede leerse como objetivación de su autobiográfica aventura intelectual.»

más que actuando (es decir, mi acción, por el momento, consiste en mera reflexión) y yo, otra vez yo, a lo largo de mi vida he sido más reflexivo que activo y por eso, y no por considerarme especialmente inteligente, me llamo y soy intelectual. En francés y en inglés ese desdoblamiento tiene una acuñación verbal -*je* y *I*, *moi* y *me*- de la que el español carece. Se subrayan así, en uno y otro caso, los dos aspectos de la cuestión que estoy tratando de elucidar. En francés, el «yo» que se vuelve sobre sí mismo es *moi* y en inglés es *me*. En castellano sigue siendo «yo», *soy yo*. ¿Por qué, gramaticalmente, esta carencia? En inglés, en francés, el verbo necesita del pronombre, requiere ir soldado a él. En castellano, como no ocurre eso, el mismo pronombre personal «yo» puede cumplir esa función reflexiva. Al ocurrir así, nuestro idioma subraya el aspecto de la *inseparabilidad* de uno y otro yo, en tanto que los idiomas francés e inglés ponen de relieve la *distinción* entre ambos. De lo cual se infiere que el yo que escribe su *autobiografía* es diferente, aun cuando inseparable, del yo que la hizo. (Pero, aspecto de la inseparabilidad, ¿hay, puede haber autobiografía, se llegue a escribir esta o no, sin, cuando menos incoativamente, contársela? Todos y cada uno de nosotros somos los *autores* de las acciones que ejecutamos en



tanto que actores.) O dicho de modo un tanto, por exagerado, provocativo: toda biografía, por muy autobiografía que se pretenda, es heterobiografía, es biografía del yo ejecutivo escrita por el yo reflexivo.

El yo reflexivo, el yo que autobiografía puede hacerse trampas y, de hecho, las hace continuamente. A eso me refería, con cita de Sartre, en la Introducción de *Memorias y Esperanzas Españolas*. De acuerdo con las mudanzas del tiempo y, por tanto, desde fuera ya de aquel en que fueron ejecutadas, solemos atribuir a nuestras acciones pasadas un sentido diferente del que tuvieron. Se dice, con razón, que la historia (*Geschichte*) es maleable por la Historia (*Historie*), y también que el historiador es el profeta del pasado. Pues bien, el autobiógrafo, con harta frecuencia, es el profeta de su propio pasado y tiende a ver en él lo que objetivamente (pero, ¿qué significa aquí «objetivamente»? no estaba allí. Baraja los tiempos, manipula su pasado y le retroyecta un sentido que sólo después advino. Y esto sin mala fe. O, más exactamente dicho, con una mala fe tan sutil que se engaña a sí misma o, pensando con benevolencia: ¿dónde termina la «buena fe» y comienza la «mala fe»? ¿no estarán unidas ambas en un *continuum*? ¿no tiene nada que decir aquí el psicoanálisis entendido como *autoanálisis*?

Pero todavía estamos lejos de haber elucidado nuestro problema inicial-final. Hemos dicho que toda pretendida autobiografía es, en realidad, una heterografía, la biografía del yo ejecutivo «compuesta» (en todas las acepciones de la palabra) por el yo reflexivo (entre paréntesis: la cosa puede ser más compleja, y es mi caso aquí: la autobiografía puede serlo, predominantemente, no del yo ejecutivo, sino del yo reflexivo, *biografía intelectual*). Pero no olvidemos que también el yo reflexivo ejecuta, actúa, y su ejecución, su acción consiste, precisamente, en reflexionar. Mas ¿no habría que hablar, mejor que de heterografía, de *alografía*? Pues, en efecto, hasta ahora, no hemos hablado sino del *ego* ejecutivo, de ese *alter ego* que soy yo mismo, en tanto que reflexivo. Es decir, hasta ahora hemos procedido por modo solipsístico. Pero ¿de dónde ha surgido genealógicamente ese *alter ego* en mí mismo? Del *alter ego* que es el otro y de los *alii ego* que son los otros o, más exactamente, mi yo reflexivo ha surgido, como *alter tu*, como *alii tu*, del otro, de los otros, de la comunidad. Reflejado en

el espejo de ellos, es como empiezo a verme a mí mismo, mirándome en el espejo que de mí me presentan, empiezo a re-flexionar. Y a partir de esa «especulación» o espejeamiento de la imagen de nosotros mismos, y también de las imágenes de los demás, que nosotros vemos, vamos forjando la imagen propia, vamos haciendo *sitio* para ella. La metáfora del salón de los espejos puede substituirse, como más dinámica, por la del teatro.

Xavier Rubert de Ventós, en la ocasión de la entrevista que me hizo en esta misma revista, y en su número de 17 de enero de 1970, César Alonso de los Ríos. El problema se planteaba entonces en el plano estrictamente moral: ser *infiel* a uno mismo, a la imagen de uno mismo, para ser infiel a la realidad; distanciarse del que se ha sido (y, de algún modo, se sigue siendo); «partir siempre», no para «estar a la última», sino porque el



«Mi madre y mi padre, joven.»

En la escena del mundo están siendo representados, al llegar yo a ella, muchos papeles. ¿Cuál asumiré yo como mío? ¿alguno ya existente? ¿qué intentaré mejorar o, simplemente, continuar? ¿un papel nuevo que yo inventaré o coinventaré? Cada cual, quiera o no, ha de atender a su juego, a su función, a su representación (ante los demás, para los demás); cada cual hace suya reflexivamente su propia imagen social, su propio rol.

¿Una imagen, un rol, una identidad? Como ya adelanté a propósito de mí mismo y de lo que yo he de hacer aquí, una autobiografía intelectual o, dicho con mayor rigor, una reduplicativa autobiografía del yo reflexivo tiene que empezar o terminar por hacerse cuestión de esa identidad. Es lo que yo hice, no en la soledad, sino en compañía, en la compañía de José María Castellet, de Jesús Aguirre y de

tiempo no se detiene y los intelectuales deberíamos ser, ya que no profetas propiamente dichos, profetas del futuro (y hoy, en la sociedad tecnológica, futurólogos), y tampoco, como los historiadores, según declamamos antes, profetas del pasado, sí, más humildemente, profetas del presente, de lo que está ya ocurriendo y todavía no se ve. Años después he seguido planteándome esta cuestión, pero radicalizándola, no ya en el plano moral, sino, cuando menos —para no hablar ónticamente— en el plano fenomenológico: ruptura de la propia identidad —des-identificación—, «desmarcaje» de uno mismo, no ser *lo* mismo (se sea o no metafísicamente *el* mismo).

Como se ve, poco a poco me voy acercando a la *materia* de mi autobiografía. Y en esta coyuntura no será inoportuno advertir que, como nacido un 9 de junio, mi signo astrológico es

Géminis, ser, cuando menos, dos, ser múltiple, cambiante, proteiforme, empezar siempre de nuevo, una y otra vez.

Ahora, para terminar este esbozo de teoría de la autobiografía, conviene puntualizar que, con respecto a los escritores, puede decirse, sin exageración, que todo cuanto escriben tiene, directa o indirectamente, carácter autobiográfico. Los escritores de ficción son siempre —como Gustave Flaubert era *Madame Bovary*— sus personajes. (En la escasísima medida en la que yo he sido escritor de ficción, mi relato «Todos los hombres somos hermanos» (1) es, ciertamente, autobiográfico.) Con respecto a las autobiografías intelectuales, buena parte de las páginas de escritores reflexivos, pensadores, son directamente autobiográficas. Y la totalidad de su obra puede leerse como objetivación de su autobiográfica aventura intelectual. (Para acudir, otra vez, al ejemplo que tengo más próximo, lo mismo mis antiguos escritos «Meditación de El Cerezo», «Aprendido en la vida», «Nuestra Señora del Recuerdo» y «A propósito de nuestra generación» (1), como los modernos «Reflexiones pudorosas sobre uno mismo» y «Reflexiones impúdicas sobre uno mismo» (2), y, por supuesto, el libro *Memorias y esperanzas españolas* (3), pertenecen al primer grupo. Y la totalidad de mi obra al segundo, como objetivaciones que son de mi aventura religiosa los primeros, de mi dedicación a la ética los que les siguieron, y de mis tareas sociomoral, ético-política, sociocultural y de reflexión sobre la actualidad política los más recientes.)

NOTAS

(1) Trabajos recogidos todos en el libro *Crítica y meditación*, Taurus Ediciones, Madrid 1957. Segunda edición de 1977.

(2) Artículos publicados, respectivamente, en *El País* de 12 de marzo de 1978 y en la revista sevillana *Separata*, núms. 5-6 de primavera 1981, y que se recogen, ambos, en el libro *Sobre imagen, identidad y heterodoxia*, Taurus Ediciones, en prensa.

(3) Taurus Ediciones, 1989. La entrevista que, con ocasión de la publicación de este libro, me hizo o nos hizo el excelente periodista que es César Alonso de los Ríos, y a la que me he referido antes, publicada originariamente, como ya he dicho, en la revista *Triunfo*, bajo el título de «El "infidel" Aranguren», se encuentra recogida en el volumen *Conversaciones con... José Luis L. Aranguren* que, al cuidado de Feliciano Blázquez, fue publicado por Ediciones Paulinas, Madrid, 1976.



«Mi abuela materna y mi abuelastro.»

E Esquema de autobiografía

En la primera parte de este escrito he intentado poner de relieve cómo el yo reflexivo, el que, llegado el caso, escribe la autobiografía, pero también, y antes, el que dota de sentido las acciones del yo ejecutivo, surge en medio del salón de los espejos que los otros nos presentan de nosotros mismos, en el teatro donde, en medio de los demás y condicionado por ellos, hemos de representar el que va a ser nuestro papel. Aunque en mi casa no había ninguna sala de espejos, ni conocí el teatro hasta que, interno en Chamartín, durante las vacaciones, especialmente las de Navidades, mi padre nos llevaba en Madrid a él, ambas metáforas valen.

Nací en una familia donde, lejos de considerado como Gustave Flaubert, según Sartre, casi *El idiota de la familia*, se vio en mí al hijo varón sano, fuerte, inteligente y largamente esperado, deseado, querido. Me precedieron en el nacer dos niñas, María Luisa primero María Amelia después, que murieron ambas pequeñas, antes de que viniera al mundo yo, y un niño que no vivió, o apenas, veinticuatro horas. Y en seguida llegué yo.

¿Es pues de extrañar que, según al contar muchas veces, mimado y cambiadas las horas de sueño, se pasara mi madre jugando conmigo las de la noche, hasta el punto de que mi padre hubo de abandonar la habitación para poder descansar e ir por la mañana temprano a su trabajo? A la mitología familiar sobre mi inteligencia pertenecen también dos anécdotas: la de que, atropellado por un ciclista cuando tenía tres años, el juez, conocido de la familia, pidió que yo mismo apareciera a declarar porque, según pensaba, podía hacerlo mejor y sería más convincente que la niñera que me acompañaba, y se haría constar fehacientemente así la circunstancia agravante de que el atropello ocurrió dentro de la acera central del Mercado Grande de Avila; y la de que, al estallar en 1914 la Guerra Europea o Primera Guerra Mundial, es decir, cuando tenía cinco años, era yo quien leía a los porteros de la casa donde vivíamos, en el mismo Mercado Grande, las sensacionales primeras noticias bélicas. Para entonces mi madre había muerto ya, justo el primer día de aquel año de 1914, después de haber dado a luz otro niño, mi hermano Eduardo, dos años menor que yo y al que ella, muy delicada ya de salud, no pudo criar como me crió a mí. (Y confieso mi primer pecado de envidia a la

autobiografía

que, sin duda por la obvia razón de haber sido muy querido, y aun sobrequerido, nunca he sido muy propenso: miré con ojeriza a su ama de cría).

Al morir mi madre, empecé a vivir, de los cuatro a los nueve años, tanto en el País Vasco, de donde era toda mi familia materna, como en Avila, de donde era mi familia paterna, y donde yo había nacido. Mi abuela materna era de Amurrio, pueblo alavés aunque pronto industrializado a la vizcaína, donde su padre, Tiburcio Galláistegui y Galláistegui, de origen guipuzcoano, había fundado una para su tiempo muy moderna fábrica de harinas, con maquinaria suiza y técnicos venidos a instalarla de aquel país, según solían contar, entre orgullosas y conservando un lejano, excitante recuerdo, ella, mi abuela, y su hermana, mi tía Felipa, que años después vivió, hasta su muerte, con nosotros. Mi abuelo paterno era de Orduña, pueblo que, al revés de Amurrio, pertenecía administrativamente a Vizcaya y era, sin embargo, profundamente alavés. Estudió arquitectura y, desempeñando su primer empleo, el de arquitecto municipal de Avila, murió. (Y este azar es el que, años después, dio origen al conocimiento mutuo, en Avila, a donde había ido de visita quien había de ser mi madre, y a la ulterior boda —ante la Virgen de Begoña en Bilbao— de mis futuros padres). Años después de haber enviudado, cuando ya sus dos hijos, mi madre y mi tío Luis eran ya mayorcitos y habían terminado en Francia, mi abuela se volvió a casar, decisión ante la cual la hija fue comprensiva, pero el hijo no, hasta el punto de abandonar el hogar materno, y empezar ya a vivir por su cuenta, sin haber accedido jamás a una relación afectuosa con su padrastro. (A mi padre le ocurrió algo semejante: el suyo, médico, enviudó pronto y volvió a casarse, por lo que él y sus hermanos, vivieron, más que en el hogar paterno, en el de un tío materno. Y, sin duda, estas dos experiencias influyeron decisivamente en la determinación de mi padre de no volverse a casar, pese a haber enviudado con poco más de cuarenta años). Mi abuelastro, Gonzalo de Artaza, marino mercante, que no volvió a navegar desde que se casó (mi abuela había heredado una desahogada posición económica), desarrolló, sin embargo, mi imaginación haciéndome partícipe de sus reales o más bien imaginarias aventuras marítimas, también con las clases de mú-

sica que me daba, y hasta con los rudimentos de vascuence —como entonces se decía— que me enseñó. Esto lo he contado en *Memorias y Esperanzas Españolas* pero lo que no dije allí e importa consignar aquí es que él fue, después de mis padres (mejor dicho, de mi madre, pues mi padre no era nada novelero), el primer espejo favorecedor en el que me pude mirar, el primer definidor de mi papel en el mundo. No sé por qué oscuras razones —quizá la más o menos consciente de neutralizar las resistencias que en nuestra familia pudo encontrar su ingreso— era él quien, una y otra vez, repetía las dos anécdotas que antes conté y quien forjó la leyenda de que, no por retraso en el andar, sino por precocidad de la inteligencia, yo había aprendido a hablar antes que a andar. Y luego, cuando, interno en el Colegio, me escribía, era siempre para felicitarme y entusiasmarse por mis «triumfos» escolares.

Instancia positiva y, por primera vez, crítica al mismo tiempo, fue la de mi profesor particular, el Don Luis del que hablé en *Memorias y Esperanzas*

Españolas. Así como mi abuelastro me introdujo en el mundo imaginativo, él me entrecabrió las puertas del mundo intelectual. Pero esto es algo que entonces apenas presentí, y de lo que sólo años después, y ya de una manera borrosa, sin detalle, pude percartarme, pues nuestro pequeño mundo familiar era totalmente ajeno al orbe intelectual.

Del internado tengo buen recuerdo, quizá por lo gratificante que, desde el punto de vista de mi autoimagen, fue mi vida allí. Ya en la primera mañana se definió lo que yo iba a ser: el chico inteligente, estudioso y bueno (=dócil). Se nos señaló una lección para que, tan pronto como la hubiésemos aprendido, lo dijéramos. Yo, sin duda porque mi aprendizaje en enseñanza primaria había sido muy superior al de mis compañeros, pude ponerme en pie, con la lección bien aprendida, mucho antes que todos los demás. Desde aquel punto y hora, mi papel como *primero de la clase* y acaparador de todas las Dignidades y buenas Notas, quedó establecido. (Así como, reverso de la medalla, también se pusieron en evidencia, asimismo desde aquella primera mañana, mis escasas aptitudes para los deportes). Y, sin embargo, dicho sea en mi descargo, aquello no me llenó de vanidad. Cuando, yendo con mi padre, amigos suyos le saludaban y preguntaban por mis estudios, me quedaba sorprendido de que, al serles respondido que iba muy bien, le felicitaban por la suerte de tener un hijo así. Pues yo pensaba, ingenuamente, que no hacía más que, sin demasado esfuerzo, lo que tenía que hacer. La verdad es que pronto me avergoncé un poco de haber sido un chico tan «bueno» y tan «empollón». Al salir del Colegio, empecé a ser un poco menos convencionalmente bueno, me escabullí de entrar en los «Luises», inauguré una nueva vida relativamente frívola... y seguí siendo «empollón» y un tanto «jesuítico». (Sobre mi irredimible jesuitismo me confesé en artículo que publiqué acerca del número dedicado a *Los Jesuitas* por la revista *Hiperión*, artículo que reaparecerá pronto recogido en mi libro, ya citado, *Sobre imagen, identidad y heterodoxia*).

Por seguir siendo empollón, se pensó en casa que los estudios adecuados para mí eran los más prestigiados por entonces entre la burguesía: ingeniero de caminos. (Mi hermano fue luego ingeniero de minas, profesión más adentro de la por en-



«Mi hermano Eduardo, en brazos de su ama de cría.»



José Luis L. Aranguren, al ingresar en el colegio de los Jesuitas de Chamartín.

tonces reciente tradición familiar). Finalmente, unas oportunas y pegajosas fiebres tifoideas que contraje al terminar el Bachillerato, me impidieron comenzar el Curso a tiempo, por lo cual se juzgó preferible que, siguiendo los pasos de la familia materna, pasase aquel mermado año en Francia. Y a la vuelta yo ya había comprendido que me atraían más las letras y como más humanística que las demás «carreras» conocidas, me puse a estudiar Derecho. Por entonces había un curso preparatorio que era común a Derecho y a Filosofía y Letras y que se seguía en el viejo caserón de la calle de San Mateo. Allí es donde descubrí que se podía ser «filósofo» de profesión. (Parece increíble, ¿no?). Pero hasta mediada la carrera, siempre dócil, no me atreví a proponerle a mi padre el paso de una Facultad a otra. El, con buen acuerdo, pienso, me pidió que terminase Derecho primero. Y mientras lo hacía, hubo la propuesta, sugerida, también razonablemente, por Tomás de Eloorieta y Artaza, sobrino de mi abue-

lastro, abogado distinguido e intelectual de cierta nota quien pensó que podía irme bien, sin alejarme demasiado de los intereses profesionales de mi padre, la ampliación de mis estudios en la London School of Economics. Al no interesarme esta posibilidad, una vez Licenciado, me insistió mi padre en que, antes de emprender otros estudios, ensayase el ejercicio de la profesión con el marido de una prima mía. Así lo hice y, una vez transcurrido sin éxito este período de prueba, me matriculé en Filosofía. Sabía, e iba a hacer al fin, lo que quería.

Y a punto de acabar aquellos estudios, estalló la guerra civil. En *Memoorias y Esperanzas Españolas*, libro al que este guión de autobiografía no puede por menos de referirse continuamente, conté lo que la guerra significó para mí: extrañamiento de un entorno en el que yo no tenía nada que hacer y en el que me sentía *de más* y, consiguientemente, búsqueda de un refugio en el que guarecerme; ensimismamiento, intimismo

religioso-existencial y, frente a la vida en ese mundo ajeno, privatización en el matrimonio. Mi existencia en Toledo primeramente, la vida cuartelera una vez que fui movilizado, me concentraron en la lectura —nada más inactivo, contra lo que podría pensarse, que la vida de cuartel— y en la reflexión. Fue entonces, precisamente entonces cuando, por paradoja, me dediqué enteramente a la reflexión y no, como la mayor parte de mis compatriotas, a la acción y cuando de supuestamente «inteligente» pasé a ser realmente «intelectual». Incluso mi salida, voluntario, al frente, donde por razones ajenas a mi voluntad permanecí poco tiempo, tuvo, subjetivamente, la significación de un retiro a la vida en el campo y, otra vez, de paradójico alejamiento de una guerra que, como tal, se vivía mucho más intensamente en la retaguardia que, como yo lo hice, en verano y «sin novedad» en un frente, el de Lérida en Tresp y en Sort, estabilizado, y sirviendo en artillería pesada.

Los «ejercicios espirituales» de la guerra —transformada «repetición» de aquellos otros que tantas veces había hecho en el colegio— fueron seguidos al terminar aquella, por otros semejantes, los de la enfermedad, una supuesta tuberculosis, que continué por un par de años más. De este modo asumí ante mi padre, mi mujer, mi hermano, el papel familiar de quien no hacía sino leer y escribir para sí mismo, y me caractericé de un ser raro, siempre con sus libros y papeles, que no parecía servir para nada. Hasta 1944, y gracias a que los medios económicos familiares me lo permitieron, viví plenamente entregado a esa inacción exterior y luego, hasta 1955, año en que obtuve la cátedra, seguí careciendo de una profesión estable y regular.

También he contado ya en el libro tantas veces citado que esos diez años fueron, junto al estudio de la religión, los de apertura a la poesía que estaban haciendo los hombres de mi generación y los de integración —transitoria, como todas mis «identificaciones»— en mi grupo generacional. Esos años, por antonomasia de *crítica y meditación*, lo fueron, no menos, de *catolicismo día tras día*. Creo y lo he dicho reflexivamente, es decir, a posteriori, que mi obra religiosa de entonces tuvo, sin merma de su sustantividad, una significación «política» en la amplia acepción de esta palabra: la de una crítica y un intento de ruptura del *nacionalcatolicismo* establecido.



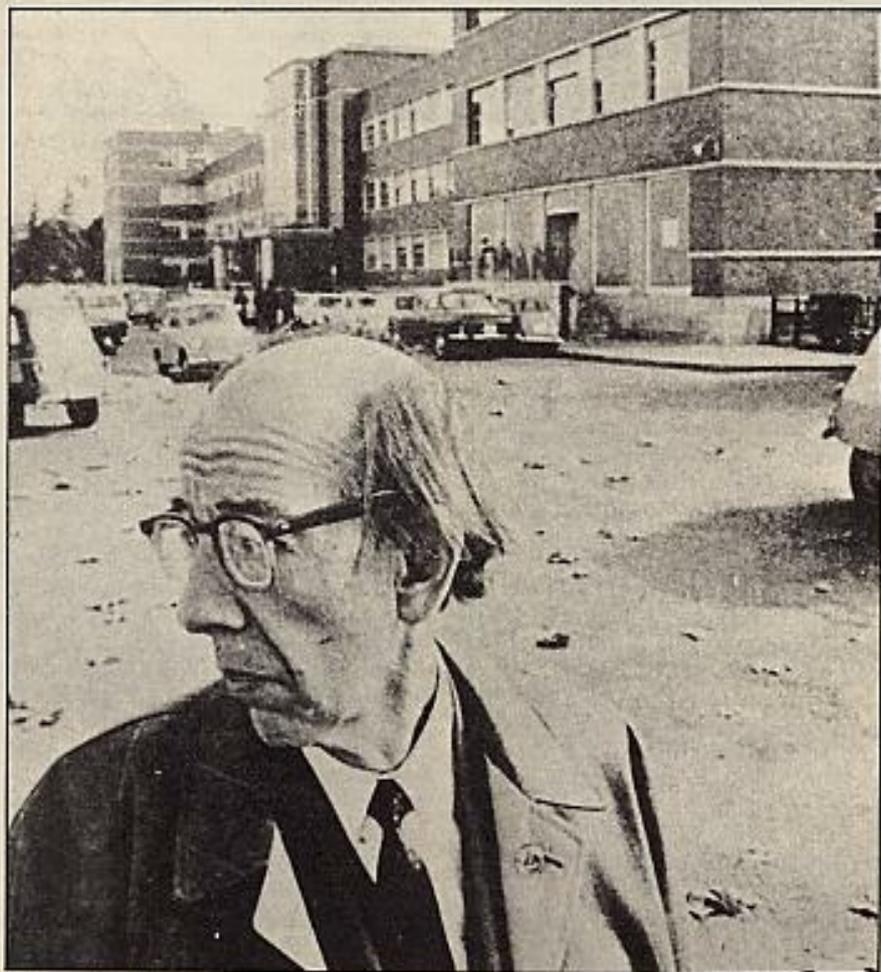
18 de octubre de 1976: primer día de clase en la Facultad de Filosofía de la Complutense, tras recuperar su cátedra.

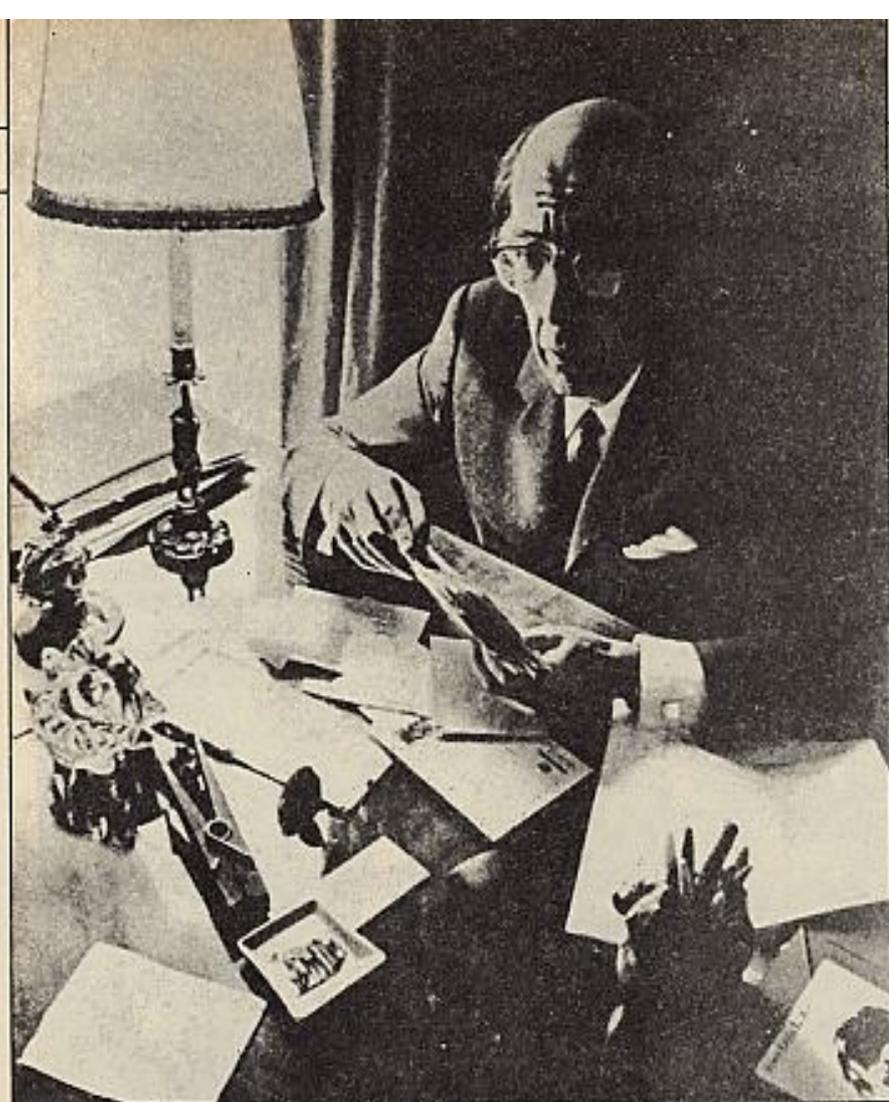
«¿Será exagerado decir que la separación de la cátedra, con la forzosidad de abrirme nuevos caminos, renovó mi juventud interior y el interés objetivo por la juventud?» Aranguren, ante la Facultad de Filosofía.

En seguida mi conciencia crítica se fue ampliando a otras esferas: la moral y sociomoral, la política y la cultural o sociocultural. Con ello desembocué en el concepto de *heterodoxia*, civil (y no sólo religiosa), cultural, que en muchos trabajos recientes he intentado definir. He hecho antes alguna alusión a mi *docilidad*, connatural quizá y, desde luego, educacional. A guisa de compensación tal vez, se ha ido desarrollando a lo largo de mi vida un *inconformismo* adquirido, conquistado, logrado. Mi heterodoxia es, ha llegado a ser *vivida* y no meramente *pensada* y se enlaza, sin duda, con la tendencia a la des-identificación, con mi inestable identidad, siempre autocuestionada. A ella, incluso en el plano de las más consuetudinarias de sus «señas» me he referido en el artículo «Reflexiones pudorosas sobre uno mismo», ya citado.

Desde siempre pero, sobre todo, a partir de la obtención de mi cátedra y la institucionalización, por decirlo así, de mi relación con los jóvenes, fui convirtiendo en temática la dedicación a una juventud que había desaparecido ya, al menos cronológicamente, de mi mismo. ¿Será exagerado decir que la separación de la cátedra, con la forzosidad de abrirme nuevos caminos, renovó, en la medida de lo posible, mi juventud interior, y, sin duda, el interés objetivo por la juventud? Desde este punto de vista y desde otros también— mi estancia en América ha sido enormemente importante para mí, y ese bien al franquismo se lo debo.

Próximo ya a terminar este escrito, advierto en él un par de insuficiencias. La primera es la de que, como declaré en el título de esta segunda parte, y podía desprenderse ya del contenido de la primera se trata de un mero *esquema* de autobiografía. Lo que quiero decir con esta palabra es que el predominio en ella del yo reflexivo, y de la reflexión sobre la espontaneidad ha ahorrado, sin





«Mi heterodoxia es, ha llegado a ser vivida y no meramente pensada y se enlaza con la tendencia a la desidentificación, con mi inestable identidad, siempre cuestionada.» Aranguren en su mesa de trabajo.

duda, el acontecer real de mi vida, conformándolo a una imposición de sentido, a una interpretación, llevadas a cabo a partir de ese desdoblamiento. Ese desdoblamiento, si es verdad lo que, teóricamente, expuse en la primera parte, ocurre siempre. Pero, en la mayor parte de los casos, la autobiografía no se presenta deliberada, sistemáticamente así, lo cual permite mantener un frescor, o apariencia de frescor, y la sensación, para el lector, de que está asistiendo al in-mediatamente re-lato (para contradicción equivalente a «in-mediatamente mediación») de lo que aconteció «novelescamente» contado.

La segunda observación que, inevitable y autocriticamente, he de hacer, es que he expuesto cual sea —condicionada siempre por los demás— mi autoimagen o sucesión de autoimágenes, cual haya sido mi papel o sucesión de papeles a lo largo de la vida. En suma, he presentado mi apariencia, lo que he podido parecer, y mi quehacer, lo que he podido hacer; pero cabría objetar que no he dicho una palabra sobre mi ser. La objeción,

formulada en términos, como éstos, de oposición metafísica entre el ser por un lado, el hacer y el aparecer por el otro, es improcedente: yo no puedo contar sino cómo me veo y lo que he hecho, es decir, otra vez, cómo me veo en el espejo de la objetivación de mis acciones en mi obra; y nunca cómo, metafísicamente, más allá de la conciencia de mí mismo (y subconsciente del que llego a cobrar conciencia, etc.) soy. (Esa visión de mí mismo, en la cual el aparecer y el ser coincidirían, sólo podría tenerla Dios, o tenerse en Dios). Pero en cambio si es verdad que aquí y ahora —hasta ahora— me he mirado, bien en el espejo de lo que los otros esperaban de mí, bien en el espejo de mis acciones por decirlo así públicas, es decir, casi sin referencia alguna a mi vida privada. Esto se debe a que mi narcisismo real sí, aun cuando me hago la ilusión de que no exagerado, lo es de segundo grado, no inmediato sino reflexivo, vuelto sobre mis acciones. Hay además un elemento de pudor. Cuando, así en las «Reflexiones impúdicas sobre uno mismo», he prescindido (relativa-

mente) de éste, he confesado que el ingrediente esencial de mi narcisismo consiste en mi necesidad de ser amado, por desgracia más fuerte, temo, que mi necesidad de amar. Y paralelamente a lo que me ocurre en el plano del amor, me ha ocurrido en el del erotismo: creo que he tenido una acusada sexualidad, más pasiva que activa y tendente a la desidentificación de mi «natural», según suele pensarse— Rol masculino y a un comportamiento que, heterosexual siempre cabe poner en relación con esa desidentificación general a la que ya he hecho reiteradas referencias. A la religión he dedicado como ya dije, gran parte de mi actividad teórica, y esto ha sido así, aparte otras razones, porque he sido religioso siempre, y lo sigo siendo, con formas de religiosidad muy diferentes, a lo largo de la vida.

Junto a la poesía narcisista hay otra, que yo prefiero, que mira más allá, o más adentro de la ipseidad. Yo no soy poeta pero he tenido la desgracia y, en medio de ella, la suerte, comparable a la de la poesía, de haber comunicado, por vías no-reflexivas, con mi hijo, subnormal, Alfonso. Pero esa comunicación no puede relatarse sino reflexivamente. Y ella me corroboró en lo que sabía pero no había vivido con plena intensidad; en que en el juego espontáneo, sin fin y ni siquiera finalidad, se puede y, de tanto en tanto, conviene vivir. Por supuesto que la dimensión lúdica de la existencia humana es fundamental, pero no me estoy refiriendo a lo que suele entenderse por ella sino a un estrato suyo más desnudo y «fútil», al puro sin sentido de una real comunicación carente de «contenido». Y permítaseme terminar con la indicación de que estos aspectos no «racionales» de la vida contribuyen eficazmente a la reconciliación final con ella, meta a la que debemos aspirar. Yo soy ya viejo pero todavía no me siento viejo. La vejez vivida supongo que debe equivaler, deseablemente, al orsiano «Cuando ya esté tranquilo», al ir acercándose, despacio, al desenlace apacible de la peripecia dramática en que la vida, mientras uno no se sienta viejo consiste. Por ello, predicar el goce tranquilo, como yo suelo hacer ahora, supone, al continuar viviendo más o menos dramáticamente, un cierto otro, desdoblamiento. Es verdad. Mas también a través de ese desdoblamiento y del predicar lo que todavía no somos, nos vamos acercando a la apacibilidad y la aceptación última del destino. ■ J. L. L. A.